

### **Libros**

Y. CONGAR, OP, *Au milieu des oranges. L'Eglise affronte aujourd'hui son avenir*, Paris, Les Editions du Cerf, 1969, 120 pp.

“Tenemos conciencia de los límites y aun de los defectos del presente librito. Los problemas actuales son mucho más profundos y va ligada a su síntesis personal y a sus circunstancias familiares. Hemos conocido una Iglesia en reposo, hemos crecido en ella. Quienes asumen su responsabilidad personal en una Iglesia en movimiento, y quienes no han conocido otra cosa, evidentemente poseen un sentimiento más vivo y quizá más impaciente de los cambios que es necesario hacer. Esto es un privilegio, pero sólo hasta cierto punto, porque un movimiento no es una renovación *de la Iglesia* sino cuando mantiene continuidad con la Iglesia de siempre. Nuestro aporte puede ayudar a lograrlo sin que se produzcan rupturas”.

Con este párrafo comienza el P. Congar el prólogo a “*Au milieu des oranges*”, prólogo que en su brevedad resume y prepara los siete capítulos que le siguen. El título de la obra ha sido tomado de una frase, casi una invocación, escrita por Lacordaire cuando la condenación de *L'Avenir*: “Oh Roma, después de tantos siglos, te encuentro de pie, siempre virgen, siempre madre, siempre señora... En medio de las tempestades por las que atravesaba Europa, no tenías ninguna duda sobre ti misma, no experimentabas ningún desmayo”.

Sobre los problemas, las críticas, las dudas, las interpelaciones, las rebeliones, las oposiciones, las impugnaciones, pero también sobre los testimonios de fe y las realizaciones y ahondamientos en la caridad, el servicio, el diálogo, que bullen actualmente en el seno de la Iglesia, el P. Congar posa una mirada amplia y penetrante a la vez que serena y comprensiva. Y así, a lo largo de estas páginas nos presenta muchos de los hechos, situaciones, reacciones, que polarizan desde hace tiempo la atención del gran público y de grupos más restringidos pero también más preocupados por pulsar los signos de nuestra época: contestación, desclerificación del sacerdocio, unidad del pueblo de Dios, autoridad, iniciativa, corresponsabilidad, relaciones entre Iglesia y mundo, crisis de civilización (con su impacto en la Iglesia). Lo hace en su condición de hermano mayor que ha trabajado mucho como sacerdote “que tiene todo el aspecto” de dar lecciones, pero que con toda sencillez escucha y recuerda lo que Cristo nos dice, con la fraternal sinceridad de quien tiene conciencia de pertenecer al mundo de los clérigos (lo cual no lo avergüenza), y a una generación tal vez superada, pero que también tiene conciencia de poseer el derecho y la obligación de hablar como una forma de servicio; como alguien que está infinitamente reconocido a la Iglesia por haberle hecho vivir y haberlo educado en el orden y la belleza.

Tales títulos ¿quién podrá discutirlos? La escuela del Espíritu Santo -dice el A- es una escuela de simplicidad, pero no de facilidad o simpleza.

Las coordenadas tiempo y espacio y la cultura histórica tienen gran importancia en la ubicación y valoración de lo que ocurre hoy, y en la disponibilidad para dialogar también con los hombres de Épocas pasadas, a los cuales no podemos exigir que hayan actuado según *nuestros criterios*. Todo lleva la impronta de “un” momento. En esta perspectiva varios párrafos aluden concretamente a los episodios que han tenido más intensas resonancias (¿o mayor publicidad? El interrogante no es del P. Congar) y cuyas prolongaciones espaciales han llegado por supuesto hasta nuestro Cono Sur: “los hechos de mayo”, “el manifiesto de noviembre”, “la carta de enero”. Personajes cuyos nombres lamentablemente vemos por primera vez, pero que el contexto nos permite suponer conocidos del lector francés, aparecen citados como ejemplos de una u otra posición.

Las diversas actitudes de los fieles frente a la Iglesia y al cambio son expuestas con claridad por el dominico francés que se detiene especialmente en la de los intolerantes e impacientes. La contestación es inadmisibles si destruye o hiere la caridad, si impugna la estructura pastoral jerárquica tal como fue instituida por el Señor, si niega o pone en duda artículos de doctrina por los cuales deberíamos más bien estar prontos a dar la vida, si excluye a quienes no comparten nuestro modo de pensar. Por el contrario, la contestación es buena si por ella entendemos el derecho que todos tenemos de expresarnos y ser escuchados.

Perfectamente insertadas en su contexto inmediato, como sin quererlo, el A va perfilando algunas pautas o criterios útiles -casi diríamos necesarios- para juzgar con seriedad, interés, respeto, sin condenas apriorísticas ni concesiones improcedentes los acontecimientos con que nos enfrentamos a cada instante:

- . una reforma no es una revolución, ya que respeta la continuidad, ni una restauración, porque no busca simplemente restablecer *lo que fue antes*;
- . los fieles deben ser dóciles a la enseñanza de sus pastores, y estos deben procurar comprender lo que Dios les muestra a través de los acontecimientos y de los fieles mismos;
- . la Iglesia es distinta del mundo, no es sólo una de sus dimensiones o su animación, ni es posible reducir la historia de la salvación a la historia común, aunque se desarrolle en ella y para el mundo, ni podemos entender por Redención solamente la Creación;
- . la unidad que buscamos no debe hacernos olvidar la ya dada, existente;
- . toda cuestión compleja admite distintos enfoques.

Sin fórmulas sensacionalistas, pero también sin ningún rodeo, nos advierte de peligros nada desdeñables:

- . el error de quienes insisten en la lógica del *Mitmensch* (con y como los hombres) hasta correr el riesgo de perder el matiz de “puesto aparte” propio del sacerdote, y su contrario, el de quienes acentúan los elementos de este “puesto aparte” hasta el punto de comprometer el necesario “estar con”;
- . la mentalidad de “niño expósito”, propia de quienes pretenden cortar toda dependencia y aún toda relación con el pasado;
- . la afirmación exclusiva del principio personal en oposición al principio jerárquico;
- . la amenaza que implica para la unidad la primacía del principio de opción personal sobre el principio de institución, en el comportamiento público de los sacerdotes; es decir de quienes por su función representan a Cristo como jefe que convoca, edifica y une a su pueblo.

Algunos de los temas son analizados con detenimiento, mientras que respecto de otros hubiéramos deseado un desarrollo mayor, Nos ha extrañado, asimismo, la ambigüedad, lo desconcertante, de una que otra frase, en las cuales justamente hubieran sido muy beneficiosas la precisión y el más exacto deslinde de posiciones. El capítulo sobre Robinson, por ejemplo.

En el dedicado a la profesión de fe del Santo Padre y las reacciones que suscitó, hallamos apreciaciones muy hermosas y verdaderas: el credo de Pablo VI, “su fe, sin agregados ni sustracciones, es la que la Iglesia ha formulado partiendo del depósito apostólico, a lo largo de

su camino en la historia. Es una afirmación de continuidad, de identidad y por consiguiente de apostolicidad... Frente al cúmulo de impugnaciones, frente a la imprudencia y extremismo de muchos, el Santo Padre no promulga un *Syllabus*, no “sermonea” sino que da ejemplo. Confirma a sus hermanos, no con una medida autoritaria, sino con el testimonio y la comunicación de su fervor... Actúa no por presión sino por aspiración, según la expresión bergsoniana”.

También los conceptos de sacerdote, de misión sacerdotal, de estado clerical expuestos en las páginas 24 y 32 son de real belleza, y muy interesante nos parece la solución que el A. propone para el problema de la participación de los fieles en la designación de los ministros sagrados.

Hemos dicho más arriba que personas y hechos de actualidad son citados varias veces. Pues bien, nos llama la atención que otras -o las mismas- no nos remita a textos conciliares y posconciliares de nuestros pastores. Por cierto los relativos a cuanto se dice en el libro son abundantes.

Nosotros, monjes del siglo XX, ¿podemos asentir a la idea -capítulo II, página 9- de que “un monje puede vivir en la Iglesia ideal (y real) que hemos evocado” (es decir “realidad mística y hogar espiritual”), mientras que “un laico, un apóstol... se encuentran necesariamente enfrentados con el rostro que esta Iglesia muestra en el mundo de su combate”?

El hermoso librito que comentamos, de innegable y grande valor a pesar de una u otra mota que nos hemos atrevido a señalar, sin duda resultante y manifestación del amor, de la ternura que el teólogo dominico siente por la Iglesia, “hogar materno de su alma, madre de su ser espiritual, que le ofrece la posibilidad de vivir con los Santos, que jamás le ha impedido llevar una existencia evangélica, en la que ha hallado un lugar apacible para su fe”... y a la que desea ver realizar respecto del angustiado y presionado hombre moderno, su vieja evocación de lugar de refugio.

También nosotros lo deseamos, y pedimos al Señor y Esposo de la Iglesia indefectiblemente santa (LG 39), pero que “encerrando en su seno a pecadores, y estando al mismo tiempo necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y la renovación”, que “la renueve con su virtud de Resucitado, para que triunfe con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades internas y externas, y revele al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste con todo esplendor al fin de los tiempos” (*ib.* 8).

Y damos gracias al P. Congar por habernos entregado este fruto de su saber, de su experiencia, de su amor, en el que tan bien se verifican las palabras de Jean Guehenno que él mismo reproduce en la página 56:

“Que nuestras ideas sean claras; expongámoslas en todo su rigor: es la condición esencial de la lealtad. Sirvámoslas con todas y nuestras fuerzas: será el mejor uso de nuestro valor. Pero así como al escribir un papel dejamos un margen para notas y correcciones, para lo que aún no hemos logrado expresar, para la verdad que todavía esperamos hallar, dejemos también en torno a nuestras ideas, el margen de la fraternidad”.

*Abadía de Sta. Escolástica*